

CALABAZAS

NÚMERO 4
PVP 7€


en el trastero



Tijeras



Presenta

CALABAZAS



en el trastero

CALABAZAS



en el trastero



Tijeras

Créditos:

Primera edición: agosto 2011

ISBN: 978-84-939168-3-1

Ilustración de portada: Javier Bernardino Alonso
Maquetación y diseño: Miguel Puente y Kachi Edroso
Corrección de estilo: David Jasso y JA Laguna Edroso
Prólogo: Juan de Dios Garduño Cuenca

Autores: José María Carcelén Mazcuñán,
Andrés Díaz Hidalgo, Juan Ángel Laguna Edroso,
Sergio Macías García, Roberto Malo,
Carlos Martínez Córdoba, Ricardo Montesinos,
Alejandro J. Muñoz, Carmen del Pino, Gema del Prado,
Ramón San Miguel Coca, Ángel Luis Sucasas Fernández y
José M^a Tamparillas

Edición: Saco de huesos
Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A 50006 Zaragoza
Más información y contacto: www.sacodehuesos.com

**Un proyecto de la asociación cultural La Biblioteca
Fosca**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos ([ww.cedro.org](http://www.cedro.org))) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tijeras

Os propongo un juego, después de leer este libro e investigando por vosotros mismos un poco por Internet lo que yo aquí exponga: ¿Quién de vosotros, conscientemente, se acostaría una noche cualquiera con unas tijeras apuntándole directamente a la cara y dormiría tranquilo? Según mi opinión, pocos. Más tarde o más temprano nos levantaríamos y guardaríamos las tijeras en cualquier lugar. Después, nos acostaríamos y restaríamos valor a lo sucedido pensando que si nos lo hubiésemos propuesto hubiéramos dormido tan tranquilamente con las tijeras apuntando sus afiladas hojas hacia nuestro rostro. Una mentira piadosa.

¿Pero qué nos causa dicho miedo a esta herramienta que nos viene siendo tan útil desde la edad del bronce? Todos las hemos utilizado en innumerables ocasiones, así que, coloquialmente hablando, ¿por qué no nos fiamos del todo de ellas? ¿Por qué muchas veces se nos escapa ese: *ten cuidado, no te vayas a cortar?* Inequívocamente, nuestro lado “consciente” nos recuerda cuando nos hemos cortado con ellas con menor o mayor gravedad, pero es

nuestro subconsciente el que tiende a evocar historias que pensamos olvidadas sobre crímenes o circunstancias extrañas que acompañan a las tijeras y que hemos leído o escuchado de boca de otros a lo largo de nuestra vida.

A mí, personalmente, me vienen a la memoria “*consciente*” recuerdos de cuando era pequeño y acudía con mis padres a las “*matanzas*” de cerdos tan propias de la zona donde me crié. No me era muy grato pero estaba obligado a ir. Si algo me imponía en esas frías mañanas, a parte del cuchillo con que cortaban el gaxate del cerdo, eran las enormes tijeras con que cortaban su piel y sus tripas. Me quedaba hipnotizado y asqueado observando cómo esas enormes tijeras cortaban tan limpiamente piel, carne, tripas y todo lo que se pusiese por delante. Puede que para muchos sea una tontería, pero yo al recordar aquello no puedo evitar sentir un ligero escalofrío.

Volviendo un poco al tema de las tijeras en sí, podemos decir que hay muchísimos tipos de tijera: de costura, de cortar el pelo, de jardinería, incluso hasta de castrar perros, tantas que nuestro querido amigo Sherlock Holmes hubiera podido hacer una de sus monografías dedicándosela por completo, ya

que esta herramienta ha sido usada en multitud de crímenes a lo largo de la historia.

Pero vayamos ahora a la parte más espiritista del tema de las tijeras. Todos conocemos la historia de algún amigo o de aquel amigo de un amigo que guiado por la curiosidad por explorar nuevas sensaciones ha experimentado con la Oui-ja, la Biblia y unas tijeras o ha invocado el espíritu de Verónica con unas tijeras delante de un espejo a oscuras y que éstas han salido disparadas y se han clavado en diversas superficies, incrédulos seres humanos incluidos. Yo, sinceramente y pese a que de día pueda pensar que todo esto es charlatanería pura, una leyenda urbana para adolescente muy pobre de argumentos, de noche no sería capaz de pensar igual y sería de los que prudentemente escondería las tijeras para no tenerlas a mi vista o a su alcance aún sin haber hecho algún ritual espiritista con ellas.

No obstante, no es el enfoque sobrenatural el único que ha atraído la obsesión de la retorcida y perversa mente humana. Hay, a lo largo de la historia, muchas mentes criminales que han tenido fijación con este objeto y sus afiladas y brillantes hojas. Sea quizá esto, porque cerradas dan la

apariencia y utilidad de un puñal y abiertas y bien afiladas pueden cortar y abrir “superficies” que con un cuchillo u otro objeto punzante nos sería de mayor complicación.

Habría que preguntarle a Perter Kürten, el famoso “*vampiro de Düsseldorf*”, qué extraña obsesión tenía por ellas cuando acometió sus terribles crímenes, pues ésta era su arma favorita a la hora de cometer sus asesinatos. Tampoco nos equivocáramos mucho si supusiéramos que las tijeras de Gilles de Rais, mariscal y héroe de Francia durante parte de la Guerra de los cien años, se encontraron manchadas con la sangre de los cientos de niños a los que asesinó en las orgías nocturnas de sus castillos durante tantos años.

En efecto, como me comentaba Miguel Puente a la hora de encarar este prólogo, las tijeras también han sido una de las armas letales favoritas de las féminas a lo largo de la historia, o, al menos, un instrumento más a la hora de torturar a sus desdichadas víctimas, sobre todo entre los siglos XVIII y XIX.

Aunque no debemos olvidar que, anteriormente, damas de la alta alcurnia también habían echado mano de ellas en más de una ocasión y no para

cortar tela precisamente. Manchadas de sangre sin duda estarían las tijeras de Erzsebet Bathory, alias "*La Condesa Sangrienta*", que arrastrada por su macabra y enfermiza personalidad, fruto quizá de la endogamia típica de su familia, torturó y mató a seiscientos diez doncellas. Dato aportado por ella en una libreta que se le incautó justo el día en que la prendieron mientras se encontraba realizando un ritual satánico.

No son todos estos más que unos pocos ejemplos de los asesinos que se han servido de ellas para llevar a cabo los más terribles y nauseabundos crímenes que la mente humana pueda perpetrar. Teniendo estos datos encima de la mesa ya nos da algo que pensar a nuestra parte "*consciente*".

Veo que es de noche. Hagamos pues otra cosa. Me dirijo a usted individualmente. Agarre ahora sus tijeras, las más afiladas que tenga en casa. Álcelas y mírelas a la mortecina luz de su habitación. ¿No le parece maléfico ese brillo que desprende la punta de sus hojas? Mire su reflejo en las tijeras, ¿no le da miedo la imagen distorsionada que ve en ellas?

Bueno, creo que ya es hora de ir dándole paso a la lectura de estos trece relatos de terror. Relatos que, sin duda, por su calidad y temática, nos darán que

pensar durante tiempo, espero que mucho tiempo, sobre los determinados “*usos*” que se le pueden dar a nuestras queridas amigas las tijeras. Y, señoras y caballeros, esta noche guárdenlas antes de acostarse, no quisiéramos mañana tener que encontrarnos con algún hecho misterioso o no tan misterioso en las páginas de sucesos de los periódicos. Porque en ese caso no digan que no se lo advertí.

Juan de Dios Garduño Cuenca

La senda infinita

Por José María Tamparillas

—En su afamada obra “Inenarrables: los míticos del cine de terror español” Pedro Ciruelo le retrata a usted como, y cito textualmente: el mayor de los genios, el comandante de la nave de los locos, ese director que sabe aproximarse a la zona más oscura y siniestra que oculta el ser humano, que le pone en contacto con la irrealidad más pura y enajenante...

El hombrecillo, el que iba metido dentro de un grueso suéter de color negro, despeluchado y lleno de bolis, se encogió un poco más en la banqueta, le dio un par de vueltas nerviosas a la taza de café y tartamudeó al contestar.

—Es... es exagerado. Ciruelo es un buen amigo, creo que habla de posibilidades más que de hechos.

El entrevistador, Juan Lago, enarcó las cejas.

—¿Posibilidades?

—Sí —el hombrecillo vaciló—. Una cosa es lo que uno quiere, lo que uno tiene en la cabeza acerca de lo que debería ser una buena película de terror. De

eso habla Ciruelo, de las horas que hemos pasado juntos repensando, elucubrando... sí, eso es, habla de eso, no de lo que al final he logrado plasmar de manera imperfecta.

Lago apagó la grabadora. Estaban los dos en un tugurio del centro de Zaragoza, El Rancho. Olía a vinagre, a tortilla recién hecha, a longaniza frita; era la hora del almuerzo y unos pocos funcionarios y oficinistas hablaban en tono somnoliento entre sí, agazapados en las mesas, vigilados por los retratos de poetas, las fotos de las nietas del dueño y los cuadros naif de una tal Julita Miramón. El Rancho era un almacén de recuerdos, de historia, de anécdotas corporeizadas en una miríada de objetos pintorescos colgados en sus paredes, uno de esos bares que la bohemia hace suyo, intocable, definitorio.

—Tengo hambre —dijo Lago. El director asintió con un movimiento vago de sus manos descarnadas y blancas—. ¿Qué me recomienda, Larrés?

El hombrecillo entrecerró los ojos, luego los abrió de golpe y, tras dar un trago al café, espetó:

—Dile a Concha que te sirva uno de sus famosos bocadillos de tortilla. La hace en el aceite de la longaniza. Para chuparse los dedos. Pero no pida el

vino, ese vino hace agujeros en las tripas del tamaño de autobuses.

—Te he escuchado, Pedrito —se le oyó decir a Cavero, el dueño del Rancho, un tipo tripón y afable, poeta, fotógrafo, *playboy* y cuentista de primera.

—Sólo le pongo sobre aviso. Con mi úlcera el universo está más que servido.

—Que te jodan, Larrés.

El propietario volvió a desaparecer en la cocina.

Larrés sacó de un paquete un cigarrillo arrugado como el dedo de una bruja de cuento. Se lo echó a la boca con gesto resignado.

—No debería fumar —le dijo Lago. Sabía que Larrés había sido ingresado pocos meses antes debido a una grave insuficiencia respiratoria.

El director de cine se sacó el cigarrillo de los labios, lo sostuvo entre dos dedos, lo miró mientras lo hacía girar.

—Es una cuestión de dignidad.

La voz de Larrés era cavernosa. Una voz de esas que se agarran para no salir, y que cuando lo hacen rezuman un cierto aire de misterio, como si quisieran decir algo más de lo que dicen.

—Es la única libertad que me queda, morir poco a poco, a gusto, sin privarme de los pequeños placeres

que me hacen la vida menos insoportable, menos baldía.

El periodista se levantó inquieto, molesto. No le gustaban los tipos que se regodean en su propia amargura. Le sonaba a pose preparada, a virtud fingida. Pero el rostro del viejo, cruzado de arrugas, amarillento, con aquellos ojos aguanosos y sinceros, le decía que Larrés no era de los que hablaba por hablar. Larrés era de los que consumaba su fin con insolente cabezonería, a su estilo.

—Hablemos de otra cosa —dijo Lago mientras encendía de nuevo la grabadora.

Larrés asintió. Se pasó la mano por el pelo entrecano y grasiento.

—Su película “El cuarto oscuro” no terminó de cuajar. La crítica habló de ella como de un grosero intento de readaptación, de jugar con el género *gore*, saliendo de su habitual estilo introspectivo...

—Mierda —espetó el viejo director—. No debí haberla montado. Desde el principio supe que aquello era el fin.

—Sin embargo se ha convertido en una película de culto en ciertos ambientes.

Larrés sonrió. Una sonrisa cuajada de malicia, de desidia, de asco.

—Siempre hay algún estúpido que cree ver algo especial en la podredumbre.

—¿No es usted un poco cruel con su propia obra?

—No es crueldad, es claridad. Uno debe ser claro y consecuente con su propia realidad. Mi realidad es mi obra. Ella es más real a veces que yo mismo, es, al fin y al cabo, lo que perdurará de mí, de mi esencia... mis huesos en breve desaparecerán consumidos por gusanos, mi carne se disolverá en la tierra. Pero mi obra perdurará. Y le aseguro que preferiría que “El cuarto oscuro” se viniera a la tumba conmigo.

¡Oh! Sí, viejo carcamal... a la tumba, a la ciénaga oscura del olvido, de la que nunca debía haber salido, pensó

El hombrecillo expulsó una bocanada de humo que se fue disolviendo delante de su cara, deformándola a los ojos del periodista.

—¿Sabe que esos ambientes, por llamarlos así, tachan esa película de maldita?

Larrés se estremeció.

—Algo he oído. Tonterías. —Hizo un ademán grosero con la mano.

El periodista adoptó una pose más cómoda, su mirada se había vuelto fría.

—Sin embargo, todos sabemos que el rodaje fue

un infierno, que varios de los extras sufrieron accidentes bastante graves, que las condiciones fueron terribles, y lo que es peor...

—No hace falta que me lo recuerde —le cortó el director tirando el cigarrillo al suelo con furia contenida—, estaba allí..

Pobre Alexis. Los pájaros oscuros revoloteaban en el cielo tormentoso de su mente anciana.

—Lo siento... —balbuceó el periodista, tragando saliva con dificultad—, supongo que todavía no se ha repuesto de la muerte de su amigo.

Uno nunca se repone de ciertas cosas: le persiguen, le reclaman justicia.

Larrés hizo un gesto vago, como si quisiera alejar algo de sí y de esa forma mantener a ese maldito periodista metomentado alejado de aquel núcleo de dolor. Recordó el aspecto de Alexis, su lenta agonía, esa muda súplica que se disolvía en aquel sufrimiento infinito, las tijeras clavadas en la garganta, la sangre manando por la boca, formando una espuma bermellón. Sacudió la cabeza. Respiró con fuerza, como si el aire quisiera escaparse.

Los fantasmas no mueren.

Nunca.

Sobre todo si uno mismo es quien los ha levan-

tado de la tumba, del mundo siniestro donde se mantenían a buen recaudo.

Cavero apareció de repente ante él. Sostenía un bocadillo de tortilla que goteaba aceite. El periodista lo miró con ojos golosos.

—¿Y para mí? —dijo Larrés.

Cavero se acercó aún más; olía a fritanga, a sudor y agua de colonia. Su gran tripa rozó el borde del mármol de la mesa.

—Luego te traigo vino... para la úlcera —espetó con sorna.

—Para los amigos, lo mejor —susurró Larrés conteniendo una risa cínica—. ¿Sabes que es poeta? Ahí donde lo ves, tripón, generoso Gargantúa, escribe unas excelentes poesías, puro surrealismo ibérico de pata negra.

—Para los que son como tú, cualquier cosa menos lo mejor.

Larrés agradeció la interrupción. Le había permitido oxigenar su cerebro, limpiarlo de aquel humo insidioso que se apelmazaba al albur de unos recuerdos dolorosos y terribles.

La entrevista siguió al cabo de un rato. El periodista la hizo discurrir por lugares comunes y neutros, pero Larrés respondió a las preguntas desgana-

do, atento a sí mismo, a un germen de humor negro que latía en la base del cuello.

Al final se despidieron con desidia, el joven algo defraudado, el viejo cansado, hastiado de sobrevolar siempre el mismo paisaje. Se quedó sentado ante la mesa, contemplando la copa de vino y el plato con unos cuantos trozos de longaniza ya fríos.

Se dejó arrebatado por el rumor del bar, un coro de murmullos distorsionados.

Sacó otro pitillo.

Lo contempló. Los dedos le temblaban.

Sabía que se estaba muriendo. Sabía que el tiempo se le echaba encima como un perro hambriento, que no iba a ser piadoso ni justo, que ese cáncer iba a terminar con él en cualquier momento sin darle la oportunidad de luchar. Lo sabía desde hacía tres meses, él y nadie más, a excepción de los médicos; bueno, alguien más sí lo sabía, pero prefería no pensar en ello. Había empezado las sesiones de quimioterapia. Había ido a un par, desganado, sin convicción. Las enfermeras, aquellas muchachas alegres y dulces siempre bromeaban ante su expresión carcomida. Hay que agarrarse a la vida, le decían, luchar, siempre luchar.

Él no tenía claro si quería luchar.

Era una noticia que no le había sorprendido, un final casi previsto de forma inconsciente, alertado por aquel universo de soledad y aislamiento que se había venido tejiendo con paciencia y tozudez desde hacía demasiados años. Hacía ya tiempo que venía intuyéndolo, que venía pergeñando la idea de que demasiada amargura almacenada termina por corromperse, por mutar, por realizarse físicamente en un ente corrupto y destructor.

Por fin pagaba el precio.

Morir. Quizá hasta pudiera ser algo bueno, para él, para los pocos amigos que revoloteaban a su alrededor, infatigables, fieles, como sirvientes fantasmales que cuidan de un antiguo amo caduco que hacía tiempo se desentendió de ellos. De todos menos de dos: ese amigo silencioso que le vigilaba desde las tinieblas enredadas entre sus vísceras, y el otro; bueno, el otro era mejor no mentarlo.

Sí, ojalá terminase todo pronto

Larrés se sorprendió al descubrir la resignación calamitosa que regía su aceptación de la enfermedad, del fin, una resignación casi religiosa, de quien estimaba el dolor y el sufrimiento como algo que pudiera lavar ofensas, pecados de juventud.

—En el fondo es hacer penitencia por el pecado.

Y ese germen explotó. Un ramalazo de orgullo, de dignidad pomposa, recorrió su espina dorsal, hizo que su mirada vidriosa se encendiera en una fugaz llamarada de rebeldía. Un escalofrío profundo le hizo estremecerse.

Esto es lo que se siente cuando uno tiene una revelación.

Cavero, el dueño del Rancho se dio cuenta de la alteración de su viejo conocido. Temblaba de arriba abajo, estaba más pálido que de costumbre, pero su rostro estaba iluminado por una luz resplandeciente y llena de vigor. Su expresión era la de quien demuestra una total disposición, de quien posee un reservorio de energía y ganas para enfrentarse a lo imposible.

Una ráfaga de aire frío se coló por la puerta cuando un cliente salió. Poseía una frialdad especial, un toque maligno que hacía que, a quienes rozaba, un repentino estremecimiento de miedo les fustigara el cuerpo y el alma. Quizá las luces que emitían aquellas bombillas, cansinas y amarillentas por el aceite y el hollín depositado en ellas a capas, se habían adormecido un poco más, se habían apagado sustancialmente, asustadas por un ejército de sombras, antes agazapadas en los rincones, ahora

fustigadas por aquel aire hechicero y malicioso.

Cavero corrió a cerrar la puerta, atenazado por un repentino terror. Luego volvió al lado de su viejo amigo, su expresión había vuelto a ser la de siempre, un viejo cansado, seco, exangüe.

—Pareces un muerto.

—Va a venir.

—¿Qué coño dices, viejo?

—Alexis.

Cavero empalideció.

—Estás loco. Sabes que murió. Sabes que tú no tuviste la culpa. ¿Vuelves a lo mismo?

Larrés apuró el cigarro. Le gustaba hacerlo, sentir el sabor fuerte de ese último resto de tabaco, empapado en nicotina.

—No vuelvo. Nunca lo dejé, siempre estuvo aquí dentro, creciendo. Primero un capullo, luego una crisálida, por fin reconvertido en un tumor que me disuelve por dentro. Tú ya lo sabes. Y lo que no sabes es si yo tuve o no la culpa

Cavero se limpió las manos en un pañuelo amarillento. Saludó a una pareja de chicas que se iba, esbozó una sonrisa de circunstancias y luego se sentó al lado de Larrés. Este arrugó la nariz. El olor a aceite rancio era penetrante.

—¿Qué te pasa?

Larrés le miró burlón.

—Me muero.

Cavero entrecerró los ojos y miró al techo

—Todos nos morimos, viejo cabrón.

—No. Yo me muero ya, el cáncer ha decidido que ya es hora de que deje sitio a los que vienen detrás.

Cavero se derrumbó, se encogió, como si la palabra cáncer fuera un gran alfiler capaz de pinchar cualquier globo.

—¿En serio? ¿Lo del tumor va en serio? Pensaba que era...

—¿Una broma? ¿No sabes que con esas cosas no se bromea, amigo?

Larrés se limitó a dar un largo trago a la copa de vino. De fondo sonaba una copla, una que cantaba Antonio Molina; su voz aguda, trastornada y deformada por la vejez de la grabación, se enroscaba en la atmósfera cargada del local. Cavero apenas era capaz de decir nada, algo raro en él, se limitaba a mirar el mármol sucio de la mesa. Larrés se perdía en las estrofas trágicas de la canción.

—¿Cuánto?

—¿Qué más da?

—Joder.

–Eso dije yo.

Cavero resopló. Recuperaba algo de su apostura burlona y dominante.

–¿Dolor?

–Me dan pastillas. A veces no las tomo.

No sabía por qué le decía eso al gordo. No era de su incumbencia. Qué le importaba a él su particular manera de hacer penitencia.

–Será la primera vez que dejas de usar un tipo de drogas, cabrón.

Los dos rieron.

Cavero no solía dejarse llevar por el sentimentalismo si no era necesario. Conocía a Larrés. Sabía de qué pie cojeaba, hasta dónde llegaba su individualismo de la gravedad. No era necesario el lamento; la vida era una perra, con eso contaban ambos, con sus perrerías. La vida consistía en chupar de la teta, en disfrutar plenamente. Llegado el momento sólo quedaba un sentido teatral de la dignidad. Larrés había chupado de lo lindo, chupado hasta casi vaciar lo que fuera que hubiese que vaciar. No había que lamentarse

–Me gusta el dolor, es como un atisbo de lo que puede haber más allá.

Cavero se rió.

—En el fondo, un adicto, un hippie de mierda, un trasgresor.

—No. La verdad es que no me gusta el dolor. A ratos pienso que es una excelente forma de sentirme vivo; en otros, que es una ventana, una grieta que se abre y por la que el más allá refulge. Pero no sé si acaba de gustarme.

Cavero frunció el ceño. Sacó un cigarro del paquete arrugado que Larrés había dejado sobre la mesa, lo encendió, expulsó una espesa voluta de humo gris y escupió una hebra de tabaco.

—Pensaba que decías que luego... después de toda esta mierda, no había nada.

Larrés asintió.

—A veces lo sigo pensando. No en vano todas mis películas han sido un intento de bucear en eso. Al principio serias y con fondo, ¡Dios, qué malas eran! Al final, con las últimas, las buenas, de reírme de ello y hacer reír a todos también. Muertos que resucitan y se comen a los vivos. Muertos que vuelven y se beben la sangre de una virgen cachonda. Incluso un muerto de verdad, un muerto, un amigo jodido a causa de mi incompetencia.

—Estás loco. Fue un accidente

—No, no lo fue.

—Sigo pensando que estás loco.

Larrés se irguió.

—Lo estaba, amigo, lo estaba. Ahora estoy cuerdo y sobrio. —Se tocó la cabeza con la punta del dedo—. Al final, ese más allá, esa aparición de lo extraño, no es tan espectacular ni tan tétrica. Bueno, algo peculiar sí que es. Uno piensa en una película de John Ford, grandilocuente, tensa, monumental, y resulta ser una de Fellini, sencilla y complicada al mismo tiempo, sutil, muy sutil, tan sutil como un buen quianti.

Cavero se rascó el mentón.

—No te entiendo.

—Ese —entrecomilló en el aire— *más allá* que me empeñaba en retratar, en mitificar, en componer mediante un edificio de cartón piedra, malos guiones, sangre de pega y celuloide, ese terrible más allá, no es tan espeluznante después de todo.

El dueño del Rancho se retrepó en la silla. Eran sillas incómodas, viejas. La madera crujió. En la barra, Luis, su hijo, servía un par de cafés a dos chicos, dos universitarios que hablaban a voces y apenas le hacían caso. De vez en cuando le echaba a su padre una mirada llena de irritación. No le gustaba cargar con todo el trabajo. Pero Cavero no le

hacía caso. Cavero pensaba, pensaba en que ya eran demasiados los amigos que se marchaban a recorrer, como decía en alguna de sus poesías, la senda infinita.

—¿Qué pasó, Larrés?

Le llamaba por el apellido; o eso, o viejo cabrón: no sabía dirigirse a él de otra forma.

—¿Qué pasó, dónde, cuándo, con quién? —El viejo iba cargadito de sorna.

—No me jodas, maricón moribundo. Ya sabes a qué me refiero.

Larrés miró el fondo de la copa. El vino había dejado un buen montón de posos. Partículas oscuras que a veces se movían en trayectorias erráticas, pero que al final volvían al fondo.

—Lo maté. Yo lo maté. No fue un accidente. —Se pasó la lengua por los labios reseco—. Fueron los celos, fue la envidia, no sé... era una competición, en ella nos pusimos a buscar el límite, la frontera hasta donde cada uno estaba dispuesto a llegar para impresionar al otro. Lo llevé muy lejos, demasiado.

—Entonces, ¿es cierto?

—¿Que fuimos amantes? —Odiaba esa palabra ridícula, propia de revistas de papel *couché*—. Sí.

La palabra amante implicaba una pasión

comedida, prefabricada. Lo suyo, por el contrario, había sido un ansia corporeizada, una emoción que se masticaba en sus besos y caricias, en el sexo desaforado y brutal, en aquellas discusiones extemporáneas, cargadas de violencia. Su relación era un latigazo de electricidad que los devoraba cada vez que restallaba, una pasión que los consumía.

—Siempre probándolo todo.

Larrés sonrió como un lobo, orgulloso.

—Siempre, ya lo sabes. Uno sólo se arrepiente de lo que no ha hecho.

—Pues tú pareces arrepentido ahora mismo.

El director encogió los hombros.

—He tenido toda una vida para hacerlo.

Había un deje de amargura en la frase.

—¿Qué pasó?

Larrés se estiró. Las imágenes acudían con claridad, como si todo hubiera sucedido pocos días antes. Ya no había angustia, sólo una serena aceptación, un sentido del destino, de su paradójico poder de redención y castigo. Había días en que volvía atrás y revisaba esos recuerdos soterrados con delicada precisión, montando una película en su cabeza, un engranaje ajustado y aceitado. Hacerlo era una buena terapia para el dolor. Contrarrestaba

un dolor físico con aquel otro más intenso y extasiante, un dolor moral.

—Fue al final del rodaje. Ya sabes cómo son esos días. Todos en el plató están al borde de un ataque de nervios, jugueteando día y noche con la locura; y de repente la razón que da cuerpo y sentido a esas emociones, a ese frenesí, desaparece, se esfuma. Uno dice corten y no hay nada más, se acabó, adiós. Ya sea una película mala o un bodrio como el que acababa de parir. La vorágine se disipa. Aunque siempre hay alguno al que le cuesta asumirlo.

—No me lo digas: Alexis.

—Siempre fue una prima donna —apostilló Larrés.

—Yo diría un petardo en el culo —dijo Cavero.

—La tenía más grande —Larrés sonrió y negó—; más grande que un simple petardo.

Cavero cerró los puños y aguantó el chiste sin reír.

—Así que te dio por el culo.

—Eso es, pero aquella noche no fue algo físico, fue más un desbarre intelectual. Ya lo conocías. Podía hacerlo mejor. Siempre, mucho mejor. Joder, era bueno, pero un pesado, un engreído con una enfermiza manía perfeccionista. Me tuvo dos horas, dos malditas horas, encerrado en aquella caravana

maloliente. Que si había una escena que se podía cambiar, que si aquel diálogo se podía mejorar, que si su personaje... que si la película era una mierda, y que él no podía dejarlo correr, que era un gran actor.

—¿Una mierda?

Larrés se sorprendió.

—Joder. No sé qué pensaba ese maricón ególatra. Era una mierda de película. Lo sabía desde el principio. Serie B, serie Z, una película sin serie. Lo sabíamos todos. En aquel tiempo no se hacían otras cosas: se hacía dinero y de paso uno se divertía; pero para Alexis siempre tenía que haber algo más. Él y su puta transcendencia. —Larrés se pasó la mano por las cejas—. Lo mandé a tomar por el culo, le dije que me dejara en paz. Estaba cansado. Habíamos tenido problemas: un par de extras heridos, un accidente de tráfico. Ya sabes, se decía que era una película maldita. Estaba muy cansado y hartito Así que me largué, lo dejé ahí, y supongo que le solté dos o tres burradas de las mías.

El suicidio de un actorzuelo emergente, de un homosexual declarado, drogadicto y problemático, por entonces no era una noticia reseñable en la prensa. El concepto de carnaza, de exclusiva, no había florecido todavía con la intensidad

desquiciante que mostraba en la actualidad. Apenas una nota, una necrológica. Cavero recordaba la tristeza del entierro, el silencio sórdido que les cubría y hechizaba a todos.

—Tú no tuviste la culpa. Ya sabes cómo son esos egos, hipertrofiados, pero al mismo tiempo frágiles como una figurita de cristal.

—No se suicidó.

Cavero dio un respingo.

—¿Qué?

—Que no se suicidó.

—Pero la policía, la investigación...

Larrés aplastó la colilla del cigarro en el cenicero, lo hizo con rabia.

—La investigación fue una mierda. A ninguno de aquellos policías le importaba Alexis. Para ellos era un pervertido, un marica, un degenerado. Un tipo así no entraba en las cuentas que la sociedad hace, no se incluía en el debe y el haber —dio una palmada—. Cocaína, marihuana y unas cuantas pastillas... las tijeras clavadas en el cuello: un suicidio de libro. Y unos cojones. Lo maté yo.

—Pero...

Larrés dio un manotazo en la mesa. Los vasos tintinearón. Un par de clientes se dieron la vuelta y

le observaron durante unos segundos para luego volver a sus conversaciones. La mirada del viejo barbado les asustaba, la fiebre que consumía sus ojos les incomodaba.

—Ni pero, ni hostias. Lo revivo cada noche. Entro en la caravana a recoger unas bobinas, algo borracho. Los chicos y chicas del equipo han montado una improvisada fiesta para celebrar el fin. He bebido unas cuantas copas de más. Me he metido un par de porros. Veo la luz encendida. Entro. Está desnudo, colocado. Cuando me ve se pone a sonreír, toda su hermosura se disipa, no es más que un pelagatos, un yonqui con la cara abotargada y la polla flácida. Las bobinas con el metraje ya positivado están abiertas, el celuloide extendido por el suelo, enredado, arrugado. Sostiene unas tijeras, unas tijeras enormes y brillantes, y con ellas va cortando pedazos de la cinta, pequeños pedazos que arroja al suelo con un ademán teatral. Es mi obra, es una mierda pero es mi trabajo, mi vida; forma parte de mí, destruirla es como destruirme a mí. Todo tiene una cualidad desafortunada esa noche, todo menos sus ojos. Los veo muertos, ojos de pez... ¿Sabes cómo son los ojos de un pescado, sin expresión, glaucos?

—Joder, tío.

Cavero sentía la irrefrenable necesidad de huir, de salir de allí. Cada palabra del viejo resonaba en su cabeza como un campanazo doloroso. Le asombraba la serenidad de Larrés, el aplomo con el que describía la escena.

—Discutimos. Bueno —el viejo escupió una carcajada contenida—, hablé yo. Él se limitó a sonreír, a mirarme con su desquiciada expresión de ausencia y de triunfo. Le insulté, lo hice una y otra vez. Era como hablarle a un pelele sin conciencia de su propia realidad. Sólo cuando fui a coger los restos de la película, las tiras de cinta que prácticamente le cubrían de arriba abajo, reaccionó. El resto ya lo supones. Los colocados apenas tienen fuerza, y yo cuando estoy borracho, tengo muy mala leche y poco aguante.

Larrés apuró su vaso. Se escanció otro y lo volvió a apurar de un trago. Una gota de licor caía por su barbilla. Se la limpió con la mano.

—No dices nada, viejo poeta.

Cavero pestañeó.

—Poco hay que decir.

Daba igual que el Rancho estuviera lleno de gente. Que las conversaciones en pequeño comité

hubieran degenerado, como era habitual, hasta llegar a formar un sordina continua apenas punteada por la música. Para Cavero el bar estaba desierto, silencioso, solos él y Larrés, aislados del mundo.

—¡Qué va! Aún hay que decir mucho.

Larrés arrugó el paquete de tabaco. Sostenía tembloroso el último cigarro. Lo encendió; lo intentó varias veces hasta que el mechero le obedeció y expulsó una llama amarillenta. Tragó humo. Tosió. Una tos húmeda y rasposa. Una tos que venía de una cloaca, que arrastraba toda la podredumbre que le consumía por dentro.

—¿Estás bien?

—No... Alexis me dice que ya no queda mucho.

El camarero se puso tenso.

—¿Alexis?

—Claro. Ha venido a buscarme. —Larrés apartó una voluta de humo de un manotazo, señaló con la barbilla a su derecha, a un lugar indeterminado—. Yo fui tan amable de atravesarle el cuello con unas tijeras. Él me devuelve el favor acompañándome en los últimos días. Recordándome que hay cosas de las que uno no puede desprenderse fácilmente. ¿Qué pensabas? Uno no se entera así como así de que se muere. No un tipo como yo. El espectáculo es el

espectáculo... –Tosió—. Joder, si pudiera, hasta haría una película con todo esto.

–Estás loco.

Larrés negó.

–No, amigo... no. Y si piensas que es la medicación, la *quicio*, te diré que hace meses que no voy a ninguna sesión. Es inútil, alarga lo inevitable.

–Los fantasmas sólo existen en tus películas. Sobre todo en las malas.

Larrés asintió.

–Eso pensaba yo también. Eso pensaba hasta que encontré esto, hasta que él vino, susurró mi nombre y me lo dio.

El viejo se agachó. Su rostro se descompuso. Apretó los dientes.

–Tranquilo. No es mi hora –dijo Larrés al ver la mueca de preocupación de su camarada—. El cáncer muerde, chico, tiene dientes afilados, y a veces se entretiene hociqueando ahí dentro.

En el suelo estaba su cartera, una vieja mochila de cuero que había comprado muchos años antes en Marrakesh. La abrió, metió la mano y sacó algo envuelto en un trapo. Cavero se encogió al ver la sangre que empapaba dicho trapo.

–No te asustes. No es real... bueno, al menos no lo

es según tu visión crítica del mundo.

Eran unas tijeras, unas grandes tijeras. La sangre las cubría, cubría las zonas donde florecía el óxido. Una capa densa, que se agarraba al metal y se confundía con él, como un esmaltado macabro.

—Te ríes de mí.

—Ni de coña, amigo.

Larrés se las alargó. Cavero se apartó como si el metal fuera portador de una infección contagiosa.

—¿Son...?

—Yo también pensé que era una broma cuando aparecieron a mi lado, en la cama, al despertar de una mala resaca. Fue justo el día que sentí el primer zarpazo de mi amigo. —Se dio un par de toquecitos con el dedo índice de la mano a la altura del pecho. Suspiró—. Pero cuando pasó esto... —Cogió una servilleta de papel de un servilletero medio vacío y limpió el líquido bermellón hasta dejar el metal limpio. Relucía maligno a la luz artificial de los fluorescentes.

—Dios.

—¿Lo ves? Son las mismas tijeras. No me cabe duda. Igual de afiladas...

De la nada, como una pátina fantasmal que se licuaba sutil, una nueva capa de sangre se condensó

sobre las dos hojas de metal.

Larrés sonreía.

—¿Sabes? En el fondo creo que Alexis no me guarda rencor. Me ha estado esperando muchos años.

—Estás loco.

—Quizá, amigo. Quizá. Pero lo veo. Veo a mi antiguo y ansioso amante ahí sentado, desnudo, a tu lado, sonriendo como solía hacerlo cuando iba colocado. Hermoso y joven.

Cavero se levantó.

—No te asustes. Los fantasmas no pueden hacer nada. Sólo ven, esperan.

Sobre el autor de «La senda infinita»:

José M^a Tamparillas nació un invierno de 1970 en la ciudad de Zaragoza. El perverso virus de la literatura pronto se instaló en su sangre. Al mismo tiempo que su biblioteca crecía con las más variopintas obras, sus ganas de ir más allá de la pasiva acción de leer aumentaban en paralelo. Así hasta que, un día, ya olvidado, lejano, se decidió a emborronar un cuaderno con sus elucubraciones, y comenzó a hacer aquello que más le gusta: contar historias.

Fueron Poe, King y finalmente Lovecraft sus anfitriones a la mesa del terror. Ellos, y después muchos más, le han enseñado la gastronomía exquisita del miedo, sus secretos, sus caminos duros y procelosos.

Así que ahí anda, publicando sus relatos allá donde le dejan: Paura, Historias Asombrosas, Cthulhu, Quoliphot, Necronomicón, Rescepto, Calabazas en el Trastero, Sable...

En la actualidad es miembro fundador de Nocte, la Asociación Española de Escritores de Terror, y de la tertulia literaria Tribbles... Además escribe sus desbarres y opiniones en su blog: <http://elblogdeinnsmouth.blogspot.com/>